

Los Cursos de Verano

Por ESTEBAN BORRERO ECHEVARRIA

Si en menos de seis meses la nueva legislación escolar llevó a las aulas de la Isla cerca de ciento treinta mil niños, en sólo dos meses, durante los cuales funcionaron en Cuba las Normales de Verano, concurrieron a ellas sobre cinco mil maestros o aspirantes a serlo; sin contar más de mil doscientos que, movidos de idénticos propósitos, hicieron con Mr. Alexis E. Frye el viaje a Harvard, dicho sea en honor del gobierno que nos rige y en honor sobre todo de nuestro pueblo, que no convalidado en ningún orden de ideas de los horrores desmoralizadores de la guerra, se aplica así a la obra de su propia regeneración moral. ¿Qué mejor orientación para un pueblo que la del trabajo y qué propósito mejor en el trabajo mismo que el que tiende a aumentar y a refinar la propia cultura mental y la ajena?

Ojalá que sea bueno todo ello y que concurra a robustecer el sentimiento de nuestra conciencia política, que es al cabo toda la conciencia de nuestra vida. Ayer, hablando intimamente conmigo Mr. Alexis E. Frye, ese individuo realmente singular a quien por razones morales muy obvias no acierto todavía a mirar como un hermano nuestro, y a quien ya por tantos otros títulos he de mirar con respeto y amor, me decía, discurrendo sobre el viaje de las mujeres cubanas a Harvard: "Han hecho conocer allí ventajosamente a Cuba y han hecho circular así por su tierra corrientes de generosa y respetuosa simpatía en el alma de cerca de siete millones de individuos americanos que se han puesto en contacto con la gente de mi expedición; y mientras ustedes los patriotas cubanos contemplaban ansiosos desde aquí la

estrella fulgurante en el triángulo rojo de su bandera, ellas, las maestras, bordaban en el triángulo de la que llevaron consigo, y ante un pueblo extraño que las contemplaba con amoroso interés una estrella más, no menos resplandeciente que la otra: la estrella en que brillan la inteligencia la laboriosidad y la virtud de la mujer cubana;..."

Profundamente conmovido ante ese inesperado rasgo de amor y de oratoria de mi amigo, no hubiera querido, sin embargo, que fuese un extranjero el primero en decirlo en Cuba...

Como quiera que sea, sus labios han quedado para mí unguidos con el óleo santo de la piedad inteligente y respetuosa en que estaba en aquellos instantes, empapado su acento. ¡Que Dios lo bendiga si es sincero!

Los maestros que permanecieron en Cuba y que siguieron aquí sin alcanzar distracción reparadora alguna y de un modo digno y fructuoso siempre, los cursos de verano, bordaron en medio de las austeridades de sus aulas más de una punta de esa nueva estrella como que trabajaron también a conciencia por la Patria. ¡Laboremus!

Septiembre de 1900.

M, ab 7/50 -



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORADOR DE LA HABANA